

HOMILIA MISA DE INICIO
JORNADA DE DIRIGENTES 2005
Padre Juan P. Rovegno

Nos reunimos como todos los años para renovarnos en el gran desafío de construir una patria animada por nuestra fe e impulsada por la misión que nuestro padre fundador nos confiara en este lugar santo hace 56 años.

Lo hacemos en un momento histórico crucial para Chile cuando se impone una visión de hombre alejada de la dignidad de los hijos de Dios; lo hacemos junto a nuestra Iglesia universal, cuando los obispos se reúnen en Roma, con el Santo Padre, renovando así el deseo de Dios manifestado en el Concilio de ser Alma del mundo; lo hacemos cuando nuestra iglesia latinoamericana se prepara para celebrar una nueva conferencia destinada a animar e impulsar nuestro ser cristiano; lo hacemos cuando pronto seremos bendecidos por un nuevo santo, el P. Alberto Hurtado, que ha marcado la historia patria, mostrándonos un modelo de santidad lleno de Dios y lleno de un compromiso con la sociedad y el tiempo que le tocó vivir, marcando así a las generaciones venideras con la impronta de Cristo.

Y no es casualidad que estos acontecimientos se den en nuestro mes de alianza, cuando revivimos el acontecimiento fundante de nuestra familia: la alianza de amor con la Santísima Virgen.

Ante los tamaños desafíos que vivimos, pareciera que la Providencia quiere mostrarnos el rostro siempre nuevo de María, ya no sólo como Madre sino como modelo de colaboración activa en el plan de salvación. Ella, que fue escogida por Dios para ser Madre y Compañera del Redentor, se transforma también en Madre y Compañera nuestra, que somos los discípulos de Jesús para los más nuevos tiempos.

El hoy nos interpela a contemplar a María en el devenir de nuestra patria: el conquistador trajo en su alforja una imagen de María, los padres de la patria le encomendaron la formación de la patria nueva, la sabiduría popular la acogió de manera sencilla y filial como su madre en iglesias, costumbres, religiosidad y actitudes.

Así, el gran desafío de estos tiempos es un nuevo desafío mariano para que Cristo sea dado a luz en medio de las vicisitudes y oportunidades presentes y de cara al futuro.

Y ¿qué significa dar a luz a Jesús sino dar a luz una imagen de hombre, de familia, de sociedad con la maravillosa dignidad de haber sido creados a imagen y semejanza del Creador?; de recibir el don de ser hijos amados de Dios por el amor redentor de Cristo; la dignidad de ser templos del Espíritu; la dignidad de ser miembros de la familia de Dios en su iglesia y por sobre todo la misión de regalar a todos los tiempos y acontecimientos una mirada trascendente que supere las estrecheces de nuestros corazones que naturalmente nos impiden mirar a Dios como Padre y al prójimo como nuestro hermano.

Sin embargo, teniendo clara esta certeza y dignidad, podemos afirmar con tristeza que hace rato los criterios acerca de la persona humana, la familia, la sociedad, el trabajo, las relaciones y vínculos en general, han tomado otros derroteros. Son los medios en su inmediatez del rating, las minorías en su ácida revancha, el mercado en su evasiva indolencia los que han ido tomando el lugar de Jesús como palabra y verdad, como anuncio y denuncia, como medida del dar y recibir.

Y decir que han tomado el lugar de Jesús significa que han tomado el lugar de los discípulos de Jesús: nuestro lugar, nuestra palabra, nuestra verdad, nuestro anuncio, nuestra denuncia, nuestra medida en el amor.

Por eso hoy cobra más sentido que nunca hablar de Jesús porque es hablar de la dignidad de la persona humana y cobra más sentido que nunca hablar de Iglesia, porque significa hablar de la identidad y misión de toda comunidad humana.

Este desafío queremos asumirlo con y como iglesia: Nuestro desarrollo eclesial no ha sido impermeable a las corrientes de los tiempos y la iglesia ha ido tomando poco a poco el rol que le corresponde en el devenir histórico: ya no se trata de la iglesia estado ni de la iglesia inquisidora de las conciencias, tampoco de la iglesia del proletariado ni la iglesia servidora de los bolsillos llenos. Ya no se trata de replegarnos en la seguridad del templo o de nuestras comunidades ante las tensiones del hoy ni de asumir una actitud condenatoria permanente que cierra al hombre a descubrirse también hijo en su miseria y error.

Se trata de la iglesia de Dios, la iglesia familia de Dios, fundada por Jesucristo para ser alma del mundo, para acoger al hombre en su precariedad y anhelos, y conducirlo por su dignidad de hijo hacia la casa del Padre, enseñándole cada día a vivir conforme a esa dignidad. Una Iglesia llamada a plasmar creadora y esperanzadamente el Evangelio de Jesús en todos los ambientes, lugares, tareas, acontecimientos que tengan que ver con la persona, la familia, la sociedad, la patria.

La tarea es inmensa, pero el camino sigue siendo el mismo: **Jesús fue dado a luz por el sí de María Santísima y así seguirá siendo siempre, si queremos que Jesús se haga presente en la historia.**

Queridos hermanos y hermanas, ante los desafíos que vivimos, como los sirvientes en las bodas en Caná que hicieron lo que Jesús les dijo; como la comunidad naciente en el Cenáculo que transformó débiles hombres en apóstoles, recibamos a María como madre y colaboradora para dar a luz a Jesús en nuestro tiempo. De su mano y con sus actitudes, estamos llamados a asumir un rol activo y protagónico allí donde nos desenvolvemos y actuamos, donde trabajamos y estudiamos, donde vivimos y nos encontramos, donde reímos y lloramos. Todo espacio tocado por nosotros es una oportunidad grandiosa de dar a luz a Jesús en su palabra, en su verdad, en su ejemplo, en su entrega y disponibilidad hasta la cruz.

Tenemos el desafío de impulsar una primavera mariana, una primavera de la presencia y la colaboración activa de María, para dar a luz a Jesús para los tiempos más nuevos.

El cómo, se irá desvelando a lo largo de esta jornada y con el ejemplo de muchos hermanos y hermanas nuestros que con sus proyectos y creatividad han dado vida a nuestra alianza de amor como compromiso con el hoy y responsabilidad frente al mañana.

La imagen que nos acompañará durante estos días de jornada es nuestra bandera: sus colores nos hablarán de entrega, de lugares bendecidos por la mano y la presencia de Dios, de María como la estrella que nos recuerda nuestra vocación y misión. Aprovechemos cada instante de nuestra jornada, para animarnos mutuamente y encendernos en la gran misión que un día de octubre Dios nos confió.